

La calle

para el viernes 12 de marzo de 2010

Diario de un espectador

Reencarnación de Holmes

por miguel ángel granados chapa

En nada se parece el Sherlock Holmes de Guy Ritchie, el cinesasta inglés que hizo reencarnar para el cine, una vez más, al célebre detective de sir Arthur Conan Doyle. Según dijimos ayer en este lugar, el médico creador del más célebre investigador policial imaginario, se inspiró en un personaje que había sido maestro en la Universidad de Edimburgo. Se trataba del doctor Joseph Bell, “un individuo flaco, de largas manos blancas y diestras”.

Establecimos ayer, con las palabras de Guillermo Vega Zaragoza, que ese doctor Bell tenía un poder de inferencia muy notorio, pues le bastaba oír y ver a una persona para hacerse una idea completa de “su nacionalidad, sus costumbres, su trabajo y el medio en el cual se desarrollaba su vida”. Añade Vega Zaragoza en su artículo aparecido en la *Revista de la Universidad de México*:

“En la época en que Conan Doyle fue su alumno, Bell tendría poco más de cuarenta años. Era muy enjuto, de manos inquietas y con una mata de pelo oscuro erguida siempre en su cabeza como las cerdas de un cepillo. Pero, además, ‘poseía un agudo sentido del humor, con el cual apoyaba sus dones de deducción, para inculcar a los estudiantes que debían servirse de ojos, oídos, manos y cerebro al diagnosticar’.

Conan Doyle ayudaba al doctor Bell a presentar los casos médicos en clase. En una ocasión presentó ante los alumnos a un hombre y les pidió que lo observaran para deducir a qué se dedicaba. Nadie se atrevió a aventurar una respuesta. Tratando de ocultar una sonrisita de satisfacción, el doctor Bell dijo a sus asombrados pupilos: ‘Este hombre es un zapatero remendón y además es zurdo’. Y los instó a que lo analizaran con mayor cuidado. Nada. Hasta que les reveló el secreto: ‘Observen ustedes, caballeros, los lugares gastados por el roce en los pantalones de pana, allí donde los zapateros apoyan la piedra sobre la cual baten el cuero. El lado derecho, como verán, está mucho más usado que el izquierdo, porque se sirve de la mano izquierda para martillar el cuero’. Sus alumnos lo miraban y sonreían tontamente hasta que por fin el doctor afirmó juntando las yemas de los dedos y abriendo los ojos exageradamente: ‘Además, este hombre es un barnizador de muebles, ¿no lo huelen?’

En el libro *Argumentos fabulosos* (Grijalbo, 1977), Irving Wallace hace una semblanza muy completa del doctor Bell presentándolo como ‘el verdadero Sherlock Holmes’ y como ‘quizá el maestro de la observación más brillante que el mundo haya visto en los últimos cien años’. En alguna ocasión, el eminente médico escocés dijo ante una fascinada audiencia: ‘El problema de la mayoría de las personas es que ven pero no observan. Cualquier detective realmente bueno debería ser capaz de decir, apenas se ha sentado un extraño ante él, cuál es su ocupación, cuál su pasado, sus costumbres y esto sólo por medio de la observación y la deducción rápidas. Mirad a un hombre y en su rostro encontraréis escrita su nacionalidad; sus medios de vida en sus manos; y el resto

de su historia en su forma de caminar, en sus maneras, en sus tatuajes, en los adornos de la cadena de su reloj, en los lazos de sus zapatos y en los hilos adheridos a su ropa'. Y abundaba: 'Todo buen profesor que desea convertir a sus alumnos en buenos médicos debe acostumbrarlos a cultivar el hábito de notar las pequeñas trivialidades, que lo son en apariencia'.